

LA SIERRA: MEMORIA QUE HACE BARRIO

Este prólogo busca introducir una historia del Barrio La Sierra, comuna 8 de Medellín, y su comunidad; una historia que no comienza con un decreto ni con un plano urbano. Comienza con la decisión de quedarse. En 1972, se levantaron los primeros trece ranchitos¹ en la parte más alta de la ladera, en un territorio

1. Nota del Autor: Entre los habitantes del barrio, el relato de los trece ranchos se ha consolidado como una memoria fundacional. Aunque no cuenta con respaldo documental verificable, esta historia ha adquirido la fuerza de una verdad compartida. Al atribuir el origen del barrio a un pequeño grupo de familias pioneras, el relato se superpone a los procesos más amplios de desplazamiento urbano que marcaron la expansión de Medellín entre las décadas de 1960 y 1970.

Su persistencia no se explica por la confirmación archivística, sino por su densidad simbólica. En esta memoria, el desarraigo se transforma en punto de partida, el margen en lugar de pertenencia y el recuerdo en una forma de afirmación colectiva.

Más que describir un hecho comprobable, el relato cumple una función histórica: legitima la existencia del barrio y de su comunidad frente a los silencios de la ciudad y las tensiones del presente.

que fue ocupado y transformado por sus habitantes. No había calles, ni servicios, ni títulos de propiedad. Había, en cambio, la urgencia de habitar y la certeza de que, en la montaña, todavía era posible abrir un lugar para la vida.

En 1979, la compra de las tierras ocupadas², propiedad de Juan Nepomuceno Arrollave, él “Cheno” Arroyave³, quien residía en Estados Unidos, permitió que el asentamiento dejara de ser un sector informal y comenzara a reconocerse como un barrio independiente de Villa Turbay. A partir de ese momento llegaron nuevas familias, se multiplicaron las viviendas y el nombre de La

Sierra empezó a circular como una forma de nombrar algo más que un lugar: un logro.

La mención de los trece ranchitos aparece en el texto: Cotuá Muñoz, Frederick y Diego Andrés Ríos Arango. compilación. 2009. Entre la Quebrada Santa Elena y el Cerro Pan de Azúcar: Memoria y Territorio de la Comuna 8. Corporación Cultural Diáfora, Secretaría de Cultura Ciudadana, Municipio de Medellín. p70. Y lo menciona la reseña histórica de la corporación sembrando en familia disponible en <https://sembrandoenfamiliafef.com>.

2.Cotuá Muñoz, Frederick y Diego Andrés Ríos Arango. compilación. 2009. Entre la Quebrada Santa Elena y el Cerro Pan de Azúcar: Memoria y Territorio de la Comuna 8. Corporación Cultural Diáfora, Secretaría de Cultura Ciudadana, Municipio de Medellín, 70.

3.Nota del Autor: Cheno Arroyave figura como el propietario de las laderas del cerro titular pan de azúcar donde se erigió el barrio Villatina y La Sierra, posteriormente oficializado en 1979 con la compra oficial de los terrenos que habían sido ocupados dada la ausencia del propietario y sus familiares, lo que permitió la oficialización y reconocimiento administrativo de la comunidad de la Sierra y la posterior inclusión en los planes de desarrollo y el posterior ordenamiento territorial (1999), así como la ampliación de la cobertura de los servicios básicos.

Algunas memorias orales y documentación escrita asocian el nombre con la antigua actividad de aserrado de madera; otras, con su ubicación en el último alto del cerro⁴. Ambas versiones conviven, como suele ocurrir cuando la historia se construye desde la experiencia compartida de las personas que habitan su cotidianidad en comunidad.

El crecimiento del barrio exigió organización colectiva. Abrir caminos, trazar calles y afirmar el terreno fueron tareas asumidas por la misma comunidad, con recursos escasos y mucho trabajo compartido. Durante años, llegar a La Sierra implicó caminar largas distancias por caminos destapados que, con la lluvia, se convertían en pantaneros⁵. La conexión con la ciudad era frágil, pero nunca inexistente. Se sostuvo a fuerza de pasos, de tiempo y de constancia.

Ese mismo principio comunitario sostuvo los primeros procesos educativos. Antes de contar con un templo religioso o con un edificio escolar, en 1982, la enseñanza tuvo lugar en espacios improvisados, abiertos por la voluntad de quienes creían que enseñar y aprender no podía esperar. En ese contexto, las Hermanas

4. Cotuá y Ríos Arango. *Entre la Quebrada Santa Elena y el Cerro Pan de Azúcar: Memoria y Territorio de la Comuna 8*, 70.

5. *Reseña histórica de la Corporación Sembrando en Familia*. 2007. Corporación sin ánimo de lucro, inició labores desde el 2007, actualmente tiene su área de influencia y desarrollo comunitario en la comuna 8 de Medellín, con una incidencia directa en los barrios, Villa Liliam, Villa Turbay y La Sierra. Disponible en: <https://sembrandoenfamiliafef.com>.

Vicentinas, y en particular Ana Joaquina Chaverría Gaviria⁶,

comenzaron a enseñar sin permiso formal, pero con legitimidad comunitaria. La escuela nació así: no como infraestructura, sino como práctica, un gesto cotidiano de cuidado y de futuro.

Hacia mediados de los años ochenta, cuando el número de viviendas superaba ya las ciento ochenta⁷, la comunidad vio la necesidad de contar con una organización propia que representara sus intereses. La conformación de la Junta de Acción Comunal, independiente de Villa Turbay, fue un paso decisivo en la consolidación del barrio y en la interlocución con la ciudad⁸.

6.Fuente oral, 2025, en entrevistas con funcionarios públicos del archivo de la gobernación de Antioquia, se descubrió que ese nombre es de ordenada como monja por lo cual no figura en los registros. Entrevistas con miembros de la comunidad educativa, La Sierra, 2024, y la mención de la primera educadora Ana Joaquina Echeverría Gaviria, “nombrada” en 1982, como primera educadora, en la reseña histórica de la I. E. La Sierra disponible en: Portal Oficial del Gobierno. “Institución Educativa La Sierra.” Edu.Co. https://ielasierra.edu.co/index2_menu-izquierda.php?id=170425&idmenutipo=10545.

7.Cotuá y Ríos Arango. Entre la Quebrada Santa Elena y el Cerro Pan de Azúcar: Memoria y Territorio de la Comuna 8, 71.

8.Reseña histórica Corporación sembrando en familia, Junta de Acción Comunal La Sierra, Acta de constitución, Medellín, 1985. La primera junta de acción comunal de este barrio, con sus integrantes: presidente: Rosa Elisa Zapata, vicepresidente: Camilo Serna, Tesorero: José Luis Trujillo, secretaria: María Elena Velásquez, fiscal: Alfonso Crespo, suplente tesorero: Walter Puerta, suplente Secretario: Ramón Callejas, suplente fiscal: Rodrigo Betancurt: Recuperado de: <https://sembrandoenfamiliafef.com/historia>

A partir de allí se fortalecieron las gestiones para el acceso a servicios básicos, la apertura de vías y el reconocimiento legal del territorio.

Las escalas, los tanques, las mangueras y las redes improvisadas fueron resultado del trabajo comunitario, y marcaron un aprendizaje temprano: los derechos, antes de llegar por vía institucional, se construyeron colectivamente. Sin embargo, fue solo hasta 1994 cuando se puso en funcionamiento el proyecto “La Cascada”, que abasteció por primera vez de agua potable a la Sierra y Villa Turbay. Durante este proceso, falleció una de las fundadoras y principales líderes de La Sierra, la señora Rosa Elisa Zapata, primera presidenta de la Junta de Acción Comunal en 1985, quien contribuyó a la construcción de vías, senderos y escalas en todo el barrio.

La Sierra atravesó, como tantos otros barrios de Medellín, los años difíciles de las décadas de 1980 y 1990, con presencia simultánea de guerrillas (ELN y FARC) y milicias articuladas a ellas (Milicias Bolivarianas); paramilitares (Bloque Metro, Bloque Cacique Nutibara, Frente José Luis Zuluaga) y miembros de las Fuerzas Armadas del Estado (Ejército y Policía)⁹.

Según el informe Medellín: Memorias de una guerra urbana, del Centro Nacional de Memoria Histórica, las cifras

⁹Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), 2013, *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*, Bogotá: Imprenta Nacional, 20.

oficiales suministradas por el Observatorio del Centro Nacional de Memoria Histórica¹⁰ y la Unidad para la Atención y la Reparación Integral de Víctimas¹¹ (UARIV), entre 1980 y 2014 evidencian que, en la capital antioqueña, al menos 132.529 personas fueron víctimas reconocidas del conflicto armado¹².

Natalia Quiceno Toro documenta que, a pesar del recrudecimiento del conflicto en los años ochenta y noventa, las escuelas de la comuna 8, continuaron operando gracias a redes comunitarias de cuidado¹³ y a la implementación de tácticas para disminuir las afecciones causadas por la violencia. Este fenómeno, interpretado a la luz de Fals Borda, muestra cómo la educación en contextos adversos puede convertirse en una práctica de resistencia social: la comunidad actúa como sujeto histórico que transforma la realidad a través del conocimiento¹⁴.

La violencia urbana dejó marcas profundas en la vida cotidiana. Sin embargo, reducir la historia del barrio a ese

10. Nota del Autor: El Observatorio reporta cifras sobre víctimas de asesinato selectivo, desaparición forzada, masacres, violencia sexual, reclutamiento forzado y acciones bélicas.

11. Nota del Autor: Es por medio de la Unidad para la Atención y la Reparación Integral de las Víctimas (UARIV), que se puede acceder a las cifras de desplazamiento forzado, que no son reportadas por el Observatorio del Centro Nacional de Memoria Histórica.

12. CNMH, *¡Basta ya! Medellín*, 21.

13. Toro, *La Comuna 8: Memoria y Territorio, Medellín*, 85–86.

14. Fals Borda, 1991, *Acción y conocimiento: cómo romper el monopolio con investigación-acción participativa*, Bogotá: CINEP, 29.

periodo sería injusto y simplificador. Frente a la dureza de esos años, la comunidad respondió con organización, con vínculos y con espacios de protección. La escuela, las reuniones barriales y el trabajo colectivo funcionaron como formas de cuidado mutuo y de afirmación de la vida en medio de la incertidumbre. Hacia 2005 surgió en la comunidad una respuesta simbólica y colectiva: la iniciativa popular bautizada “La Sierra es Otro Cuento”¹⁵, nacida de la articulación entre la parroquia, la alcaldía y la comunidad del Barrio. Estaba conformada por un voluntariado de educadores, jóvenes, extranjeros y líderes barriales que buscaban mostrar que el territorio no era solo sinónimo de violencia, sino también de creatividad, arte y educación popular, pues La Sierra tiene mucho más para contar que solo violencia. Este proyecto se convirtió en una plataforma cultural y pedagógica para disputar el sentido del nombre “La Sierra” y reivindicar la dignidad del barrio como espacio de producción de conocimiento y memoria.

Este prólogo busca agradecer y retribuir a la comunidad: escribir desde un trabajo construido con sus habitantes, a partir de archivos, memorias compartidas y recorridos sostenidos en el tiempo. La Sierra no puede entenderse únicamente como un territorio nacido en la precariedad, ni desde los años duros de la

15.Fuente Oral, Testimonio de Yuliana Corrales, lideresa del barrial de la sierra, Programas Tele Medellín, 2018, La Sierra es otro cuento, YouTube.

violencia urbana. Su historia es, ante todo, la de una comunidad que se organizó para permanecer, que aprendió a construir comunidad, a hacer barrio antes de ser reconocida como tal y que convirtió la vida cotidiana en una forma concreta de hacer ciudad.

Que este texto abra una edición dedicada por completo a La Sierra no es un gesto introductorio ni ornamental. Es un llamado a leer desde la comunidad y una invitación a comprender el territorio desde su propia voz, pues las páginas que siguen no hablan sobre La Sierra: emergen desde ella. En sus palabras, relatos y memorias se reconoce un barrio que no solo es habitado, sino narrado, pensado y sentido por quienes lo han hecho posible. Este prólogo acompaña esa lectura como quien abre una puerta: no para explicar lo que viene, sino para permitir el paso.

- Mario Sánchez Saldarriaga